

**Una experiencia clave**



**Kenshinkan dôjô 2017**

Cuando en una entrevista preguntaron a Roger Paschy qué ocurría cuando tenía un altercado en su ajetreada vida parisina, el gran campeón respondió al periodista de la Revista francesa "Karate": *"Simplemente miro a esa persona y eso es suficiente para que se calme y se marche"*.

Una mirada, serena y confiada, era la herramienta que sostenía, como antorcha permanente, aquel precursor del Boxeo Thai en Europa y competidor de Karate en activo durante la década de los años setenta del pasado siglo para no caer en la fácil trampa de la violencia en la que otros pretendían arrinconarle, intentando extraer de él una demostración de sus habilidades pues era público que había sido varias veces campeón de Europa Karate.

Recuerdo una anécdota con Camille Guiral Sensei, uno de los primeros cinturones negros de Judô de Francia, alumno de Aikidô de algunos de los ilustres introductores de este Arte Marcial en el país vecino, como los Senseis: Abe, Noro, Nakazano y Tamura.

Había llegado yo a Zaragoza procedente de Valencia, donde había participado en los Campeonatos de España de Karate Shotokan del año 1991. El equipo en el que competía había realizado un total de veinticinco combates. Terminamos con un subcampeonato de España por equipos, además de un segundo y dos terceros puestos en individuales. Todo había resultado perfecto, aunque nuestros cuerpos estaban malheridos por la intensidad del trabajo realizado durante el torneo.

Después de completar aquel intenso encuentro mis compañeros regresaron a Badajoz y yo marché a Zaragoza, para participar en un Gasshuku de Aikidô que había organizado Carmelo Ríos Sensei con el maestro francés Camille Guiral.

Me reuní con Carmelo y fuimos a recoger al Sensei Camille a la estación de trenes de Zaragoza, encontrándonos a un señor –que ya entonces era mayor- esperando en la puerta principal, pues el tren que le había traído desde Toulouse se había adelantado a su horario previsto. Camille iba enfundado en una gabardina de color gris que se ajustaba a su cuerpo con un ancho cinturón, llevando consigo un viejo maletín donde guardaba, casi exclusivamente, su *ubagi* y una humilde *hakama*, pocas cosas más.

Al verlo, Carmelo me preguntó: *¿Qué sensación te produce esa estampa que estamos contemplando?* Yo le contesté que Camille me parecía un hombre antiguo, como perdido en un tiempo al que ya no pertenecía. Carmelo me expresó su sentir con una frase que no he olvidado en todos estos años: *"Me parece un hombre profundamente solo"*-me dijo. En efecto, creo que nuestras visiones de aquel hombre extraño eran similares, aunque expresadas de manera diferente.

Nos fuimos a cenar y cerca ya del final de la velada Carmelo indicó a su invitado que yo acababa de regresar del Campeonato de España de Karate y que mi equipo había obtenido allí un resultado excelente. Camille, que estaba terminando su

postre, me miró fijamente a los ojos, invitándome a que iniciara cualquier movimiento contra él. A mí se me heló la sangre ante la mirada de aquel veterano budoka, un hombre de paz que se había convertido, súbitamente, en incitador de la violencia. Un instante después, estalló en carcajadas. Más tarde, el maestro nos explicó su parecer al respecto de la mirada y de la importancia que ésta tenía en el Arte del Budô.

En contextos distantes he cruzado mi mirada con otras miradas -grandiosas, determinantes, mayúsculas- en las que uno podía advertir, siquiera por un instante, la grandeza del ser humano que se escondía detrás de ellas.

Una vez, en Arunachala, Tiruvannamalai, India, mantuve la mirada de un *sadhu* que permanecía en voto de silencio desde hacía veinticinco años. Eran sus ojos los que, únicamente, le mantenían en comunicación con el mundo exterior. La intensidad de su mirada era del todo indescriptible y la energía que ésta emanaba no tenía precedentes para mí.

Después, una tarde sin igual en un hotel de Bangalore, en el sur de la vieja India, sostuve las manos de Svetoslav Roerich, hijo de aquellos grandes humanistas que fueron Nicolás y Helena. Tuve la inmensa suerte de mirarle a los ojos y darle las gracias por tantos años de creación artística, arte, belleza y filantropía. Él, que vivía ya en una dimensión muy cercana a la muerte que yo no alcanzaba a comprender, me miró tan intensamente que, aún hoy, el solo recuerdo de su mirada me emociona.

Mouni Sadhu describe en su libro "*En días de gran paz*", el momento exacto en el que su maestro, Ramana Maharsi, le miró directamente a los ojos en el transcurso de uno de sus silenciosos *dharsans*. El escritor, entonces el alumno más reciente del *ashram*, quedó al descubierto y sin posibilidad de rehuir los ojos de quien era su guía espiritual, no pudiendo sino llorar de emoción ante semejante hecho pues sabía que aquel a quien había ido a buscar, cruzando para ello medio mundo, estaba leyendo su propio corazón con una mirada absolutamente limpia y profunda.

"*Esa fue mi experiencia clave*"; nos asegura el escritor de origen polaco en su maravillosa obra.

Dicen que la mirada del arquero japonés ha de traspasar la diana (*mato*) hacia la que apunta su tiro y que la flecha ha de ir siempre más allá de ese límite físico, siguiendo una estela casi infinita situada fuera del tiempo y del espacio. Así, el tiro del kyudoka -un disparo involuntario que no tiene principio y que conlleva un desprendimiento total (*hanare*)- tampoco ha de tener un fin en sí mismo. La flecha es y será eterna, convirtiéndose en una metáfora del tiempo.

Yo me acordaba de la mirada distante de Anzawa Sensei, el gran maestro de Kyudô, al dejar partir su flecha en un tiro ejemplar, un instante recogido en aquel

magnífico jardín donde le fotografió el cineasta Michael Random, para incluir su sola mirada en el extraordinario libro que editó y que llevaba por título: *“Les Arts Martiaux du Japon”*.

Los ojos son el canal a través del cual transmitimos las emociones que se originan en nuestros pensamientos, unos impulsos que habrán de transformarse posteriormente en actos. Pero, cuando no hay intención de atacar, cuando el pensamiento se ha convertido en nobleza y bondad, cuando la mirada no registra un impulso violento, sino que recibe del otro Armonía y Paz:

¿Dónde está la realidad del conflicto?

¿Es posible que una de las partes realice un ataque de manera unilateral?

A mi modo de ver ese error iría contra la propia naturaleza de la vida, convirtiéndose en una anomalía condenada definitivamente al fracaso.

En el Arte del Budô, *Enzan no metsuke* no es solo una forma distante de mirar, también es una manera de observar la realidad con imparcialidad y desapasionamiento, es decir, en un estado de total desapego capaz de ver y leer en el fondo mismo del corazón humano.

Entender esa mirada, desarrollarla, y hacerla nuestra, puede ser una llave extraordinaria capaz, por sí sola, de darle una oportunidad a la Paz y a la No-Violencia, ese estado espiritual que persigue nuestro Arte.

Como aquellos dos inmensos budokas, enfrentados para descubrir, en un duelo de miradas, cual de ellos tomaría la iniciativa en el transcurso de un combate magistral.

Ante los atónitos ojos de los espectadores, ambos maestros –octavos danes de Karate- permanecieron largo tiempo observándose, indagando y leyendo, con su sola mirada, el interior de su adversario, su hondura.

La atmósfera terminó cuajando, el tiempo pareció detenerse, el ruido de fondo de las gradas se vino a menos, y todos, demostradores y público, participaron de un hecho sin igual: el cese definitivo de la contienda, un combate sin ataques, sin acometidas, sin violencia.

Una vez terminada la demostración, uno de sus protagonistas tomó el micrófono y, desde la serenidad, explicó la situación vivida:

*“Si no existe intención de atacar no habrá posibilidad de responder ni opción para el combate. Ambos contrincantes resultarán vencedores”*- señaló.

El círculo más profundo del Karate se había cerrado. Aquella fue una de mis Experiencias clave.

**Kenshinkan dôjô 2017**